

## Ánima

# Wajdi Mouawad

Traducción de Pablo Martín Sánchez

Ediciones Destino Colección Áncora y Delfín Volumen 1283

### Felis sylvestris catus carthusianorum

Habían jugado tantas veces a morirse el uno en los brazos del otro, que al encontrarla ensangrentada en mitad del salón se echó a reír, convencido de estar asistiendo a una representación, a algo grandioso que consiguiera sorprenderlo esta vez, anonadarlo, pasmarlo, hacerle perder la cabeza, quedarse con él.

Por la mañana, tras darle la bolsa de plástico amarillo, ella había dicho en tono jovial Compra atún porque el-atún-es-bonito, pero era evidente que estaba muerta, pues tenía los ojos abiertos, la mirada fija y, entre las manos, la herida, el cuchillo clavado en el sexo.

Quitadme la tierra de encima, quiso gritar, como el día ya lejano en que unos hombres lo enterraron vivo. No debo llorar, se había dicho, si lloro, si grito, empezarán de nuevo, me sacarán, me matarán y volverán a meterme dentro. Y allí, de pie en mitad del pasillo de la entrada, perdiendo la noción del tiempo, se quedó quieto, sin respirar, por miedo a que todo volviera a empezar, a que ella muriese otra vez, algo absurdo a fin de cuentas, ya que estaba muerta sin duda alguna, con las manos aferradas a la hoja, ramo de flores sobre su vientre destripado. Ignoro si intentó retirar el cuchillo durante la agonía, pero si lo hizo tuvo que morir antes de conseguirlo, pues el esfuerzo exigía demasiada sangre. Estoy seguro de que él imaginó los últimos latidos de su

corazón, pez gato en mitad del pecho, abandonado a sí mismo, arrastrado hacia las profundidades. Estoy seguro de que imaginó fluir su sangre por última vez, fuga desbocada, ciega, a través del dédalo de venas para brotar como una carcajada por la herida abierta de su sexo, donde el cuchillo se había clavado y clavado y vuelto a clavar.

¡Léonie...! ¡Léonie...! No era nada, ni una llamada, ni un quejido, apenas un hálito, el reflejo de lo cotidiano. Le gustaba tanto decir su nombre, con toda la dulzura de la que era capaz, Léonie, me gusta tanto decir tu nombre, Léonie, nacen libélulas al mover los labios, Léonie, se acabaron las libélulas. Frente a él se alzaban muebles y objetos, insoportables en su mutismo, en su indiferencia ante la desdicha.

La luz del día, discretamente, fue retirándose del apartamento, absorbida por el movimiento general del mundo a través de los dos ventanales, como si estuviera al final de un embudo. Era aquella hora en la que el cielo, en su límpida belleza, conservaba el luminoso azur de las vidrieras de la catedral donde me gusta perderme de vez en cuando.

No sabría decir cuánto tiempo permaneció inmóvil, cuánto tiempo pasó antes de que se arrodillara a su lado. Yo lo veía iluminado por la luz amarillenta de las farolas de la calle que salpicaban, como manchas, una parte del salón. Acercó su rostro al rostro de ella, cada instante nos alejaba más de Léonie, pálida como una estrella demasiado distante, amoratada por las tinieblas de la noche. Se incorporó, levantó la cabeza, buscó el aire y, agarrándose el vientre con los brazos entrecruzados, como si quisiera calmar un agudo retortijón, dejó escapar un gemido, ni grito ni llanto, más bien un vómito ronco, provocando una vibración que hizo que los cristales del apartamento se pusieran a temblar en sus marcos de madera.

El mundo no se mueve mientras los humanos están de pie. Es una ley innata, inscrita en mis genes. De ahí mi pavor al verlo a cuatro patas, con las manos extendidas sobre el charco de sangre, inclinado sobre la superficie para beber su color. Al levantarse, miró las palmas de sus manos y las puso sobre su propia cara.

Me he comido el atún que había en la bolsa y he bebido el agua del lavabo. Ha venido la noche y luego el sol y otra vez la noche y luego nubes y lluvia y de nuevo la noche y también unos pájaros, antes de que la puerta se viniera abajo y unos hombres que no conocía entraran para cogerlos y llevárselos a los dos.

#### Passer domesticus

Durante dos días no se movió de la cama en que lo habían acostado. ¿Se levantaría al llegar la noche, para ir y venir por la habitación, presa de su tristeza? Nuestra naturaleza, ligada al movimiento diurno de la existencia, nos impide afirmarlo con certeza, a pesar de la atención que puso en él todo el grupo. Desde que llegó, organizamos una guardia improvisada entre nosotros, relevándonos continuamente en nuestros distintos lugares de reposo y en el alféizar exterior de su ventana, situada en el octavo y último piso del gran pabellón de piedra, cuya fachada, coronada por un tejado de pizarra, está orientada hacia poniente. Es un edificio rodeado por un jardín lleno de árboles con los que nuestros ancestros han mantenido, desde la época en que esta ciudad no era más que un inmenso y profundo bosque, una relación amistosa y pacífica. Pero el mundo ha cambiado por culpa de los humanos. La arquitectura de la ciudad y la prosperidad de sus habitantes atraen, con el paso de las estaciones, a diversas razas llegadas con la esperanza de salvaguardar su especie. Lo cual nos obliga a incrementar la vigilancia. Desde las primeras luces del día, nos abalanzamos en bandadas sobre los árboles del jardín, profiriendo gritos estridentes, para que nadie olvide que este territorio nos pertenece. Somos pequeños, pero el vigor de nuestros desplazamientos y la capacidad de actuar en grupo nos ayudan a defendernos de nuestros depredadores, a menudo solitarios en sus acciones.

No sabemos si era fruto de su voluntad, pero de todas las ventanas de la fachada oeste, sólo la suya permanecía entreabierta de la mañana a la noche, dejando que se filtrara hacia el exterior el calor de los radiadores. Atraídos por el bienestar, aprendimos a aprovechar el movimiento de las cortinas para observarlo entre los resquicios. El primer día no quiso beber ni comer y, aparte del personal hospitalario, no aceptó ninguna visita. Su habitación se llenó de flores, tu hermana, tus amigos, le decían. Sobre la mesa, rosas, junquillos y tulipanes se mezclaban con lirios y margaritas en floreros de plástico, v cuando se acabó el espacio, empezaron a poner en el suelo lo que iba llegando, junto a la pared de la estancia. Sin efusividad, le leían las tarjetas que acompañaban a los ramos: ¡Estamos aquí si nos necesitas! ¡Abrazos sinceros! ¡Te acompañamos en el sentimiento! Él nunca reaccionaba, parecía estar flotando a la espera de que tierra cuarto y cielo se disolvieran, y su ser pudiera seguir cayendo, hasta desaparecer. Una sombra cubría por oleadas los valles profundos de su rostro, haciendo aún más desgarradora la intensidad de su afligida mirada.

Al segundo día, los humanos se fueron relevando junto a la cabecera de la cama para hacerle compañía, no sin antes quitarse los zapatos sucios de nieve fundida. Un sol frío envolvía la estancia, charcos enteros de luz que daban a las flores abiertas, irisadas por el brillo saturado de sus colores, la ilusión de la primavera. Todos se iban sin haber pronunciado una palabra. Los más emocionados se inclinaban para darle un beso en la frente, lloraban sobre su hombro, se ponían el abrigo, se ataban la bufanda, se sonaban, musitaban un vago adiós, volvían a llorar y salían sin olvidarse de cerrar la puerta.

Permaneció solo hasta que declinó el día. Un frío gris, que anunciaba una noche gélida, nos obligaba a ha-

cer rondas cada vez más frecuentes por el jardín, siguiendo una trayectoria circular que nos llevaba de la ventana a la ventana. No quedábamos despiertos más que unos pocos y la puesta del sol nos conminaba a regresar a nuestro cobijo, pero justo en el instante en que íbamos a abandonarlo, la puerta de la habitación se abrió y vimos entrar a un hombre, colosal con su abrigo beis acolchado y sus cubrezapatos de caucho negros, de los que sobresalían los rebordes de un pantalón acampanado. Un gigante. Se quitó el sombrero, se acercó a la cama y se sentó en el borde de la silla, con los pies plantados en el suelo, el torso inclinado hacia adelante, los codos apoyados en las rodillas y la cabeza ligeramente gacha.

#### —¿El señor Wahhch Debch?

Arrastrados de nuevo por el soplido del viento, dibujamos una curva más ancha que las anteriores, hasta englobar en su área los primeros árboles del jardín y ser devueltos al alféizar exterior de la ventana.

—Siento venir a importunarlo a estas horas, tan tarde, pero necesitaba verlo. Es importante. Se ha terminado la hora de las visitas, ya lo sé, pero no quería molestar a sus familiares. En fin. Me llamo Aubert Chagnon, soy médico coroner\* y me han asignado el expediente de su mujer. Debo establecer los hechos y las circunstancias de su defunción. Lo acompañaré durante toda la investigación que llevarán a cabo los policías de la Sûreté de Quebec, encargados de encontrar al culpable. Yo seré su contacto, lo mantendré informado de la evolución de las pesquisas y de los eventuales trámites judiciales. En fin. Toda esta jerga para decirle que no lo vamos a dejar solo

<sup>\*</sup> La figura del *coroner* no tiene un equivalente exacto fuera del ámbito anglosajón. En países como Gran Bretaña, Estados Unidos o Canadá se trata de una figura jurídico-policial autónoma encargada, en nombre de la Corona, de recopilar información y abrir diligencias en casos de muerte violenta, no natural o misteriosa. (*N. del t.*)

y que puede contar conmigo para lo que haga falta. Eso es todo. No lo molesto más. Lo siento, pero quería presentarme porque pronto tendremos que hablar y no será nada fácil.

¿Le respondió? ¿Se dijeron adiós como hacen los humanos, tendiendo una mano libre, misteriosa, hacia la mano del otro para depositar en ella la más perturbadora nada? Nunca lo sabremos. Arrastrados lejos de él, sumergimos en la oscura noche la vibración de nuestro sueño. A la mañana del tercer día, había desaparecido: habían deshecho la cama, se habían llevado las flores y alguien había cerrado la ventana de la habitación, privándonos así de su reconfortante calor.

## Canis lupus familiaris inauratus investigator

Profesando una adoración absoluta a quien me había ordenado, con el índice, que lo esperase a la puerta del colmado, no me atreví a contravenir el pacto y correr hacia él, a pesar de mis ganas de olerlo, de tocarlo, de seguirlo. La lentitud de sus movimientos contrastaba con la cadencia desenfrenada de lo cotidiano. Se dirigió hacia los coches de más abajo y se detuvo sin razón aparente en mitad de la acera, con las manos en los bolsillos del abrigo v la espalda encorvada, fijando la vista en el suelo, como atormentado por un olvido. Su pena teñía el aire fresco de la primavera. Magníficamente amarilla, se grababa, radioactiva, en la superficie de mis retinas. Ese hombre iba a la deriva, no sabía dónde estaba, no miraba hacia adelante. La tristeza lo devoraba. Tenía ganas de anunciarle mi presencia, pero no podía acercarme a causa de la absoluta adoración que sentía por quien me había ordenado, con el índice, que lo esperase a la puerta del colmado. Entonces me incorporé y, deseoso de llamar su atención con mis ladridos, provoqué el vuelo de los pájaros.

#### Columba livia

El aullido del perro lo ha interrumpido todo.

Sí.

Conjuntamente, obedeciendo al llamado de la prudencia, nos hemos deslizado por las paredes para abandonar las estatuas y cavidades del campanario donde anidamos.

Abriendo las alas, hemos lanzado nuestros cuerpos al vacío.

Sí.

Hemos sobrevolado por el oeste la gran encrucijada, en dirección a los edificios que hay frente a la iglesia, luego, reorientando nuestra curva hacia el norte, hemos rebasado las obras adyacentes al hospital.

Hemos aterrizado sobre el granito nevado de la fuente situada al final del terraplén que divide el gran bulevar en dos partes iguales, en la intersección exacta de la calle de la iglesia.

Desde este nuevo puesto de observación, lo hemos visto subir a un coche.

Sí.